

El Niño en el campo

Por AZORIN

El niño tiene en el campo—cuando el campo lo tiene—monte y llano, tierras novales, tierras esquiladas, tierras altas y tierras incultas, tierras rotas y tierras llecas; arenas, rojizas, oscuras, compactas, arcillosas; otras, blancas, sueltas, calizas; en las arcillosas se siembra el trigo; en las calizas, la avena. Desde primera hora debe saber el niño de dónde viene—y cómo se hace—el pan que come. Si hay por allí algún molino, debemos llevarle para que presencie la moltura. Si en la casa hay un “masador”—así se llama en Levante el cuartito donde se amasa—haremos que vea cómo se amasa, cómo se cuece, cómo se modelan los panes, cómo se colocan en los hornos o tableros, bajo una mantita abrigaña, a fin de conducirlos al horno. No olvidemos la orcita de la levadura. Fontaigne, siendo ya hombre, se encontró un bote de levadura, y nos confiesa que no sabía lo que era. En el campo habrá líquenes, musgos, plantas, arbustos, árboles. Los líquenes son bonitos, blancos, amarillos, en las peñas, en las paredes, en las tejas, en el tronco de los árboles. Por los musgos a gusto pasar la mano, como se pasa por una felpa. Debe saber el niño, en el monte lo que es una atocha, una sabina, un enebro o junípero, una alhucema. Si encontramos un arbusto cuajado de esferitas blancas, digamos al niño que es un madroño y que puede comer esas bolitas, con el gusto con que se come un bombón. En el campo puede haber un cortinal o huerto: le apresurará el niño, si lo dejamos, a trepar a un albaricoquero y saciarse de albaricoques verdes; yo los he comido verdes cuando tenía seis

años; lo ácido conviene a los niños y nos desconviene a los viejos. El niño debe saber distinguir en plantas, arbustos y árboles. Las amapolas o ababoles—en rojo, en blanco—le enseñarán la fugacidad de la vida. En el campo encontrará el niño lo real y lo simbólico: todo el campo es una lección de ética. No es necesario hablar de Naturaleza, cosa que nadie sabe lo que es. Debemos relacionar, con el niño, las cosas del campo con las cosas de la casa: los trigales—los “panes”, como decían los antiguos—establecen esa relación; la establece también el olivo. No habrá en la casa de campo felizmente—felicemente para los ojos—luz eléctrica; el alumbrado será con luz de aceite, suave a la

vista, con el milenar candil, historiado por el marqués de Camarasa, con el velón de cuatro mecheros, sin faltarle las despabiladeras o molletas, con las modestas y serviciales capuchinas. (¿Qué habrá sucedido en Lucena, Lucena de Córdoba, con la irrupción de la luz eléctrica, Lucena de donde venían los veloneros? ¿Sabrán algo de esto en Madrid, en la calle de Latoneros, en la que he visto “todavía” capuchinas?) Debemos poner ante la vista del niño la concatenación que existe de la aceituna, en la rama, a la llanura de las capuchinas o al chirriar del aceite en la sartén.

En este momento estoy viendo delante de una casa rústica, leyantina, centroali-

cantina, un grupo de olmos que en el verano la asombran. —“Cantan” entre el follaje las cigarras. Con esto entramos en un terreno bonito; pero peligroso. El niño habrá leído en el colegio algún libro de fábulas. Esopo, La Fontaine, Samaniego. Ha de discernir el niño—y tendrá que hacerlo toda su vida—la verdad de la ficción, la historia de la leyenda.—La cigarra no “canta”, como se dice en la fábula; frota un élitro con otro; la cigarra no pedirá a la hormiga alimento, en el invierno; no hay cigarras en invierno; no le serviría de nada el trigo que pudiera darle, si quisiera, la hormiga; la cigarra, posada en la corteza de un árbol, va chupando la savia. Todo esto nos lo cuenta Juan Enrique Fabre. Y otros observadores han contado otras cosas de algunos animales difamados por los fabulistas. El perro que cruza la corriente con una presa en la boca no la deja caer para coger otra—la imagen de la misma—que ve reflejada en el agua. A la raposita la pintan unas veces lista y otras boba; siempre la raposa es cauta; no es otra la opinión de Maquiavelo. No tiene por qué la raposa “oler” el busto; conoce de sobra que es mármol y no carne. No se empeña tampoco en alcanzar los racimos inaccesibles; conoce muy bien las alturas, puesto que cada día, es decir, cada noche está pensando en escalar las tapias. Ni se deja engañar por la cigüeña cuando ésta la convida: de un zarpazo rompe la vasija en que la cigüeña había depositado el alimento. En fin, las rapositas saben lo que pueden y lo que no pueden: arte supremo del vivir.

(COLABORACIONES “AMUNCO”).

Bar Barrueco

—O—

El Bar donde encontrará a cualquier hora un ambiente español.

—O—

Bilibid Viejo 1017.